

PRECIOS DE SUSCRICION

| MADRID | | Ptas. | Cts. |
|-------------------|----|-------|------|
| Un trimestre..... | 2 | 50 | |
| Un semestre..... | 5 | | |
| Un año..... | 10 | | |

PROVINCIAS

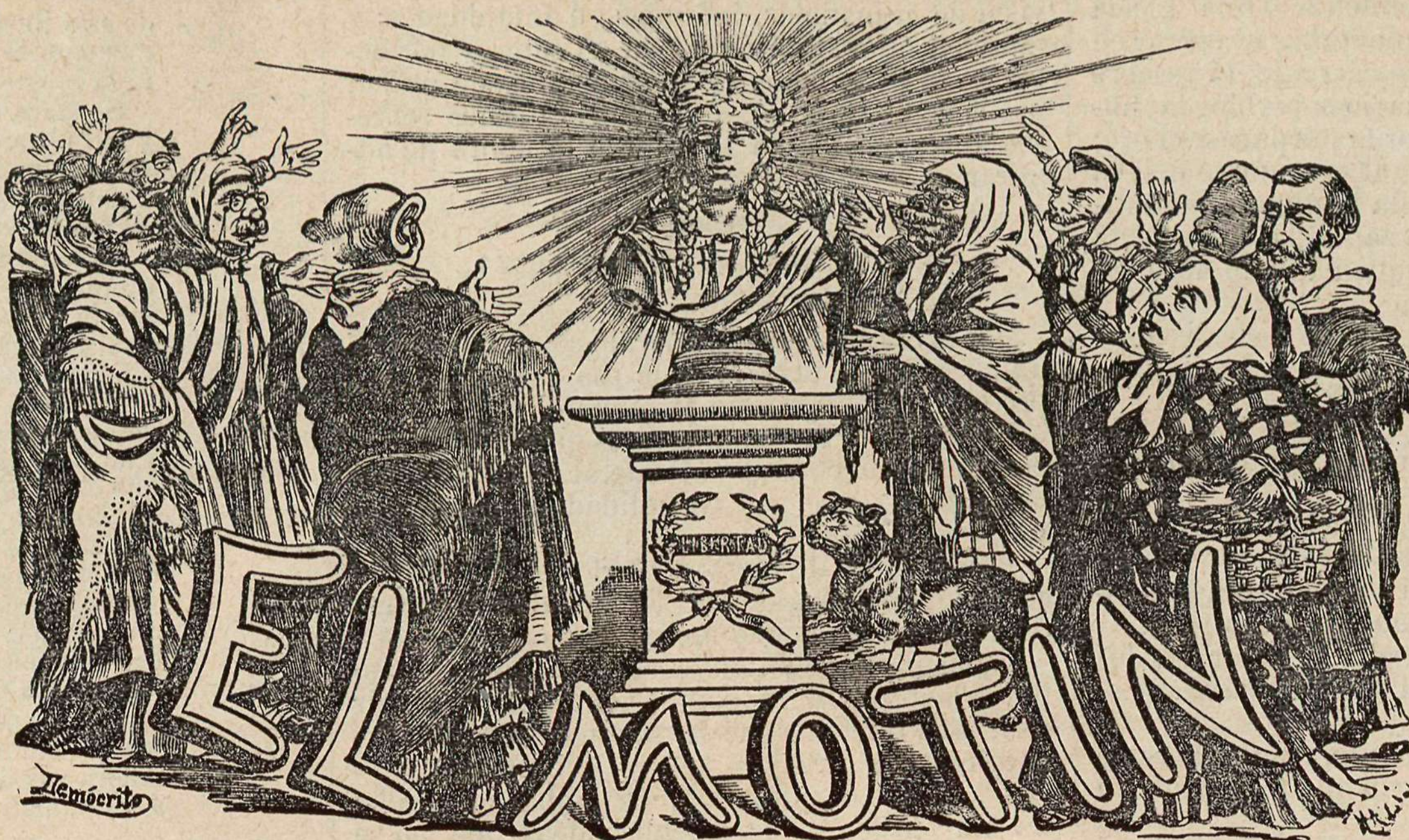
| | | | |
|------------------------|---------|----|--|
| Tres meses..... | 3 | | |
| Seis..... | 5 | 50 | |
| Un año..... | 10 | | |
| Extranjero y Ultramar. | 5 pesos | | |

CORRESPONSALES

| | | |
|-----------------------------|---|----|
| 25 números de EL MOTIN..... | 2 | 50 |
| Idem del SUPLEMENTO..... | | 75 |

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, número 2, y de Gaspar, calle del Príncipe, 4.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATIRICO SEMANAL

NUEVA DENUNCIA

Estos conservadores se van volviendo completamente imbéciles. ¿Cómo, si no, se cebarian en la prensa con tanta saña?

¿No advierten que la persecucion aviva la energía y despierta el entusiasmo?

EL MOTIN es un vivo ejemplo de esto.

Cuando nos dejan en paz, nosotros, unas veces por lástima, otras por pereza, algunas por no estar siempre entonando la misma canción, variamos de tema, y tratamos a los conservadores con cierta indiferencia, con cierto despegue.

Pero se meten con EL MOTIN, azuzados por el clericalismo, y es claro, ¿qué ha de resultar? que EL MOTIN les devuelve golpe por golpe.

Sin ir más lejos, en este número, y así lo habíamos ya anunciado, solo pensábamos hablar de nuestros curas.

Mas viene la denuncia, y hay que faltar a lo prometido para tentar el pelo a los que nos persiguen con empeño asaz ridículo.

Conste, pues, que nuestra intencion era excelente, que en este número atacamos a los conservadores porque ellos así lo han querido, y que empieza la funcion.

A LOS PIES DE TODO EL MUNDO

Así estamos, por obra y gracia de los conservadores.

No les bastaba con haber dado satisfacciones humillantes al rey de Italia; era preciso dárselas al Papa tambien.

Lo primero pudiera tener disculpa en el modo de ser de los partidos reaccionarios, cobardes al satisfacer si procaces al agredir. ¿Pero lo segundo?

¿Qué disculpa tiene lo segundo, a no ser la necesidad que sienten de vivir en la humillacion, bien así como ciertas sabandijas solo respiran libremente en el fango?

Gobiernos ha habido que en el interior han sido débiles y en el exterior enérgicos, ó viceversa; pero nunca, hasta hoy, habíamos visto uno que reuniese tantas cualidades malas, contradictorias, y sin embargo, armónicas.

Mientras se arroja ante Italia, fusila arrogante en Girona; y en tanto que no se ruboriza al ver plagados de bandidos los campos y las ciudades, achaca a un partido honrado la catástrofe del puente de Alcudia.

Inventa conspiraciones republicanas, y permite que los carlistas se reúnan y se organicen; persigue sañudamente a la prensa, y deja al cura calumniar y difamar desde el púlpito.

Indulta a los asesinos y encarcela a los escritores; pone al polizante sobre el catedrático; al frailuco sobre el hombre de ciencia. Esto en el interior.

Y en el exterior, además de lo de Italia y Roma, se arrastra a los pies de Bismark, en cuyos planes entra el apoderarse de nuestras colonias.

Por esto, España, la nacion que lo mismo cuando la fortuna le sonreía que cuando la desgracia la abrumaba, inspiró, ó grandes odios ó grandes respetos, hoy, humillada y abatida

por estos conservadores, solo merece del mundo sonrisa desdeñosa ó lástima insultante.

Que tal la han puesto esa cuadrilla de aventureros.

A ELLOS

¿Os escuecen los latigazos de EL MOTIN, conservadores? ¿Sí? Pues afilad las uñas, que os queda mucho que rascar.

La lucha es desigual, ya lo sé: vosotros contais con fiscales, polizontes y Villaverdes, y yo nada más que conmigo; pero así y todo, he de triunfar de vosotros.

No sabeis lo que me encanta, al poner la pluma sobre el papel, pensar que cada rasgo que trace se clavará en el corazon de un tiranuelo, un mentecato ó un buscavidas.

«Corre, corre veloz, pluma mia, le digo, para que no se te escape ninguna de las ideas que brotan en mi cerebro contra esa gentualla.

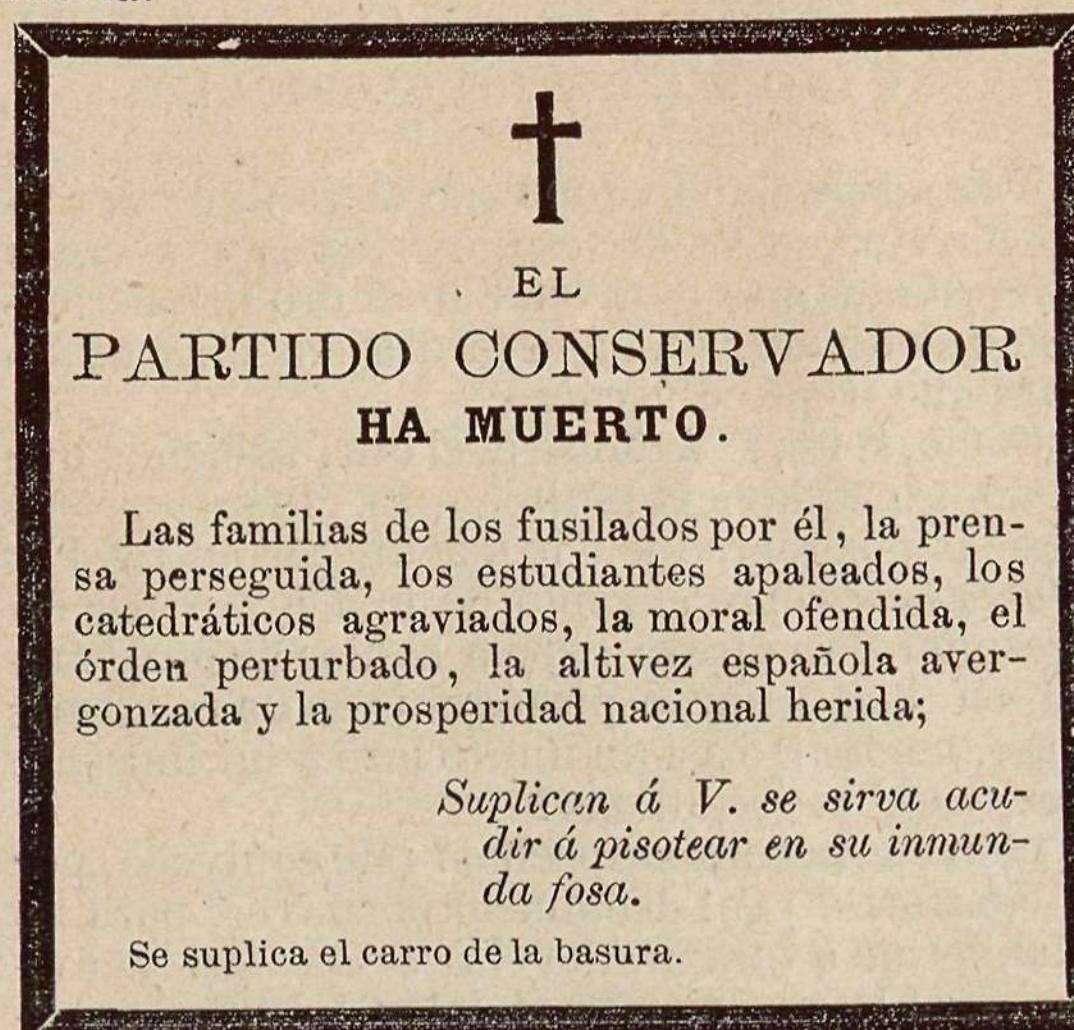
Que sepan que si en algunos momentos me producen indignacion, ordinariamente no me inspiran más que desprecio.

Que si no fuera porque la nacion paga los vidrios rotos, me divertiria grandemente al verlos dar saltos mortales alrededor de una peseta ó postrados de rodillas ante el sable de un polizante.

Que me rio de sus iras y de sus persecuciones, y me regocija pensar en la rabia que debe acometerles al convencerse que son impotentes para acabar conmigo.

Que me complace el verlos arrojados de todos los puestos que escalaron entrando cobardemente por la mina; la Academia de Jurisprudencia, el Ateneo, la Económica Matritense.

Y que brinco de contento al pensar que antes de dos meses podré extenderles esta escuela mortuoria:



Esto, esto le digo a mi pluma, cada vez que en mis manos la tomo para combatir a los conservadores.

A ÉL

¡Triunfaste! Eterna memoria de ti dejará la historia

si tus hazañas recuerda. ¡Te has coronado de gloria, que no es posible se pierda!

Ya no hay, de fijo, en Madrid, quien tu fama de adalid no proclame en absoluto, diciendo que eres un Cid en estado de canuto.

Y aunque la envidia no cesa en su empeño de ofenderle, y dice bajo, a la oreja, que te protege una suerte que de encumbrarte no deja;

despréciala ¡voto a tal! que no turbe tu reposo esa malicia infernal, y sigue tan animoso en tu carrera triunfal.

A CRISTO

¿Cuando tú, hijo del carpintero, usaste zapa tillas de 50.000 reales, como las que, según dice un periódico, ha regalado una comunidad de monjas de Valencia al mitrado Monescillo, para que las luzca al recibir el birrete cardenalicio que el Papa acaba de concederle y que los españoles tenemos que pagar?

¿Cómo tú te hubieras atrevido a aconsejar la pobreza calzando sandalias cuajadas de piedras preciosas, viviendo en un gran palacio y estando rodeado de todas las magnificencias del lujo?

¿Cómo tú, mientras las poblaciones de la comarca en que predicabas caían al suelo por efecto de los estragos de recientes tormentas, y sus moradores perecían de hambre, les hubieras dado en rostro con tu deslumbrante fausto?

¿Qué efecto hubieran producido entre las muchedumbres tus palabras de fraternidad, si en vez de repartir entre ellas panes y peces, llegan a verte lejos de su lado devorando manjares escogidos en espléndido festín?

¡Sí; que hubieran dicho aquellos hombres sedientos de justicia, aquellas mujeres hambrientas de consideracion, y aquellos niños ansiosos de vida, que formaban tu cortejo?

Hubieran dicho que eras un falso profeta; que palabra sin caridad, es vaso sin perfume; consejo sin ejemplo, flor sin aroma; y doctrina sin amor, medicina que mata.

Y en vez de vislumbrar en tu predicacion el término de las injusticias de que eran víctimas, hubieranse apartado inmediatamente de ti, porque tus pies calzados con zapatillas cubiertas de joyas, no podían seguir rectos el camino que tus palabras les trazaban.

Y en lugar de oírte, y de aclamarte, y de sufrir más tarde la persecucion y el martirio por confesar tu doctrina, hubieranse escandalizado de que te atrevieras a insultar sus dolores con tu orgullo, a duplicar su hambre con tu hartura, y a escarnecer su frio con tus ropas.

Mientras que por el contrario; al verte, como te vieron, atacar valerosamente a los poderosos de la tierra, en tanto que hacías causa comun con los débiles; y que penetrabas en sus moradas, y tocabas sus llagas, y derramabas sobre sus corazones muertos el bálsamo que los resucitó a la vida de la esperanza; al verte de este modo, creyeron en tí y derramaron su sangre por tu fe.

Y sobre aquella fe se ha cimentado una iglesia que trueca la pollina que montabas al entrar en Jerusalén, por el magnífico carruaje; el pesebre en que naciste, por el palacio soberbio; la humilde túnica que vestías, por la púrpura y el oro; y la modesta sandalia, que al levantarse dejaba estampada en el suelo huella luminosa de justicia, por la deslumbradora zapatilla que quema con fuego de egoísmo la riquísima alfombra sobre que resbala.

Á JUAN LANAS

¿Qué tal y cómo te va con esta gente, apreciable mandria?

Me han asegurado que te hielas de frío y te mueres de hambre. ¿Es esto cierto?

Dímelo, para reirme de ti á mandíbula batiente; que bien merecido lo tienes por estúpido.

¿No te concedieron derecho á votar en los tiempos revolucionarios? ¿Pues por qué te dejaste arrebatar aquella arma?

Lo que te sucede actualmente, resultado es de la indiferencia y la apatía con que te conduciste en la revolución.

Sufre, pues, las consecuencias, y desfila silenciosamente hácia el hoyo grande, fúnebre receptáculo de peleles.

Pero antes ven conmigo, y daremos una vuelta juntos por esta villa y corte de las Españas.

Anda á prisa, que no puedo entretenerme mucho, pues la hora de comer se acerca y voy sintiendo ya apetito.

El que tú no comas, no es razón para que seas desatento conmigo, que como todavía. Conque, ea, aprieta el paso.

¿De quién crees que es esa casa que están construyendo ahí enfrente? De uno que no tenía camisa al venir la restauración.

Desertó de la revolución cuando la vió vencida, difamó á sus hombres, le dieron en pago un destino en Cuba, robó, y ahí lo tienes.

Y aquel palacio, ¿de quién? De un marido que ha cotizado su tolerancia en la bolsa de la deshonra, haciendo grandes jugadas.

¿Y aquella que va en aquel coche reclinada insolentemente? ¿Sabes cuál digo? La del vestido color rosa y azul.

Pues es la manceba de aquel otro que va á caballo á su lado, y que á su vez busca en amores vetustos el oro que con ella derrocha.

¿Con qué dinero te parece que se ha edificado aquel convento? Con el arrancado á la hipocresía, á la vanidad y al vicio, por los religiosos que hacen voto de pobreza.

Pasemos de largo, que no quiero hablarte de los cuantiosos fondos empleados en la construcción de aquel templo, mientras los hospitales carecen de recursos.

¿Que quién va en aquel carruaje? Un obispo, que abre suscripciones en su diócesis para mandar dinero al Papa, en tanto que muchos de sus feligreses emigran ó sucumben por falta de medios para vivir.

¿Mas qué ruido es ese? Parece así como el disparo de un arma de fuego... La gente se arremolina... Corramos á ver lo que es.

¡Calla! Pues si es un joven que se ha suicidado... ¿Qué dice ese papel que tiene en la mano? «Que no habiendo comido en cuatro días, prefiero morir honrado á vivir del robo.»

¡Valiente lila! Tan lila como tú, Juan, que no sabes buscártelas más que trabajando, y que cuando te falta trabajo te haces cruces en el estómago.

Pero, ven, que se me ha ocurrido una gran idea. Ven á la Cibeles, ahora que va oscureciendo, y verás maravillas.

Mira en dirección á la puerta de Alcalá... ¿Qué ves? Muchas luces, que ora aparecen, ora se ocultan...

Son las de los coches que regresan del Retiro... ¿Que cuántos vienen? ¡Qué se yo! Muchísimos, y muy nuevos, y con grandes troncos de caballos.

¿A que sé en lo que estás pensando? En que no teniendo aquí vida la industria, ni el comercio ni la agricultura, gran número de esos coches proceden de la estafa, del robo, y del vilipendio.

La noticia no es nueva, y, por lo tanto, te prohibo que pidas privilegio de invención. Que en España no es posible echar coche con el trabajo honrado, sabido es por todos... los que trabajan.

Pero me parece ya hora de retirarse á comer. Quédate con Dios; y si no revientas, ya tendremos ocasión de echar otros párrafos por el estilo.

¡Ah! Dile á tu mujer, Juan Lanas, que siga echando hijas al mundo para los placeres de los caballeros que hemos visto desfilar en esta re-

vista de injusticias, infamias, é iniquidades; y también hijos, que derramen su sangre por defender los fundamentales principios de orden, propiedad y familia, cuyos más dignos representantes has tenido esta tarde la honra de admirar.

A «EL DIARIO DE BADAJOZ»

Por favor, mándanos, querido colega, todos los números de *El Avisador* de esa ciudad, siempre que rebuzne contra EL MOTIN.

Tú no sabes los buenos ratos que nos ha proporcionado el correspondiente al 13 de Noviembre último, que por casualidad ha llegado á nuestras manos.

Roto está ya de tanto doblarlo y desdoblarlo: como que no pasa día sin leerlo en alta voz tres ó cuatro veces, por lo ménos.

¡Qué insolencia tan cómica! ¡Qué cinismo tan gracioso! Dieran compasión, á no producir risa, esos infelices que se ganan la vida tan ignominiosamente.

Y hay que disculparlos, sin embargo. ¡Debe ser tan triste eso de defender ideas que no se profesan, fingir creencias que no se tienen! ¡Y todo por la maldita necesidad de lastrar el estómago!

¡Pobrecillos! Me los figuro ante la mesa de la redacción, después de haber oído un par de misas por temor al qué dirán, al lado de beatas esputadoras y devotos asmáticos.

Y de haber escuchado un sermón lleno de brutalidades, y de pasar un rato en la húmeda sacristía viendo desnudarse al atocinado celebrante, que no suele oler muy bien.

¿Qué han de hacer bajo aquellas malas impresiones, sino agarrar la pluma, esgrimirla á diestro y siniestro, y rasgar de arriba abajo al que pillan por delante?

¿Cómo, si no, se restablecería el equilibrio en esas naturalezas siempre contrariadas, siempre nerviosas, por estar siempre fuera de su centro?

«Pillo, granuja, inmundo, canalla...» ¿Sabemos acaso si estas palabras, que brotan espontáneamente de sus plumas, y que aplican á todo el mundo, no se las dicta su conciencia para que se las dirijan á sí mismos?

Hay fenómenos fisiológicos, inexplicables todavía, por los cuales el hombre que vive descontento de sí mismo, se complace en atribuir á los demás aquellos defectos, ó faltas, ó crímenes de que tiene que acusarse, creyendo establecer de este modo una igualdad que le permita pasar á sus propios ojos por ménos indigno de lo que es.

Hay tanta inmundicia en el partido clerical, tanta granujería y tanto canalla, que no es extraño que, no pudiendo contener en su seno tan gran cantidad de cieno é infamia, busque el modo de darles salida por los desagüaderos de la desverguenza; bien así como los gases encerrados en las entrañas de la tierra, abren cráteres en las montañas para escapar, inundando de lava y cenizas las fértiles campiñas colindantes.

Así, amigo *Diario*, ó compadece á esos miserables porque viven en lucha constante consigo mismos; ó bien, y esto es lo mejor á mi entender, no los tomes en cuenta para nada; y así se cocerán en su propia venenosa salsa.

OTRO SECUESTRO CLERICAL

Voy sospechando que Pepe Estrañi, de acuerdo con Herran Valdivieso, escritores y vecinos de Santander, se han vendido al oro del clericalismo, y andan poniendo piedras en mi camino para que tropiece y caiga.

¿Cómo, si no, se explicaría el que, sabiendo que el amigo Villavieja multó á EL MOTIN en 500 pesetas por reproducir lo que dijeron en *La Voz Montañesa* sobre el rapto de una joven por un presbítero, se atreva Pepe á hablar de otro nuevo, en que figuran protagonistas de la misma clase, tendiendo así un nuevo lazo á mi inocente y reconocida credulidad?

¿Son ciertas mis sospechas? ¿Me equivoco, por el contrario? ¡Ah! decídmelo por favor, para no exponerme á otra multa *Villaverdesca*, y evitarme al mismo tiempo el dolor que me causaría la certeza de vuestra infamia, si la incertidumbre sola me produce tanto martirio.

Hasta tanto, perdonadme que no me atreva á transcribir el siguiente escrito, que copiado á la letra, dice así:

PACOTILLA.

Cunde tanto la impiedad entre la gente sencilla

de esta ilustrada ciudad, que aquí la fe ya no brilla ni la religiosidad.

Se ataca con imposturas y mil ultrajes horrendos á los pobrecitos curas, á esos padres reverendos de talaras vestiduras.

La herética prensa impia, calumniosa y embustera, saca á bailar cada día á un *don Juan* de sacristía y á una *doña Inés* cualquiera.

Todo con la idea insana, de que crean en París y en Bruselas y en la Habana, que está lleno este país de *Tenorios* de sotana.

Ya desde hoy en adelante que suceda así no quiero, y empiezo desde este instante á ser adalid constante en favor del pobre clero.

Basta ya de calumniar, y basta ya de ofender, porque eso no es regular... Ahora voy á defender á un ministro del altar.

Sí, señor; le voy á defender contra la calumnia de un padre de familia, contra el falso testimonio de un cuñado del presbítero y contra la pública maledicencia.

El padre tiene el atrevimiento de decir, que un hijo suyo se casó con una hermana del cura, y que una hija que estaba en casa de éste, desapareció del pueblo en el mes de Julio. Añade el hombre que el cura se fué en busca de la chica al poco tiempo, y que se perdieron los dos, hasta que supo que ambos estaban en Santander y vino á buscarlos.

Vamos, ¿es esto creíble? ¿No está bien claro que es una calumnia? No hay más que fijarse en la circunstantia de que ese padre dice que tiene ocho hijas y seis hijos, para comprender que no es cierto lo que asegura.

A un hombre que tiene tanta familia no se le puede creer á ciegas. ¡Es muy posible que crea tener catorce hijos y no sean más que trece! ¡O que haya contado mal, y le reclame al cura una hija por equivocación!

¡Pues el cuñado del presbítero es otro que bien baila!

Dice que en vista del escándalo que ha producido en el pueblo la desaparición de su hermana, ha reñido con su mujer (la hermana del cura) y se ha separado de ella, con cuyo motivo ha venido á Santander con objeto de embarcarse para Cuba, desesperado.

A cien leguas se ve que el hijo no se ha tomado el trabajo de averiguar si la afirmación de su padre era cierta. Le diría éste:

—¿No sabes? Se ha perdido una hermana tuya.

—¡Cáspita!

—Y debe ser una que iba con frecuencia á casa de tu cuñado.

—¡Caracoles!

Y de aquí el trueno gordo. Todo por no haber preguntado á su padre:

—Vamos á ver, ¿usted recuerda bien cuántos éramos?

—Creo que catorce.

—¿Y está usted seguro de no haberse equivocado al contar?

—¡Hombre, puede ser! Vamos á contar de nuevo.

¡Quién sabe si habiendo procedido de este modo hubiera salido bien la cuenta, y nos excusáramos de andar en estos líos! Eso de ser padre de medio mundo, puede dar lugar á muchas confusiones.

Y como de un error nace otro error, y luego ayuda la maledicencia á formar una montaña de suposiciones, de cálculos y de conjeturas, héte aquí que el padre averigua, visionariamente, que la hija que le falta está en una casa de las afueras. Va allá el hombre con la policía, y en lugar del lío que andan buscando encuentran otro.

En la casa no hay más que una joven de ochenta y cuatro años próximamente, á la que interroga el inspector:

—¿Cómo se llama usted?

—No sé cómo me llamo.

—¡Hombre!

—No, señor; yo estoy aquí depositada y no sé quién me ha traído, ni cuándo, ni por dónde.

—¿Y quién le da á usted de comer?

—Yo no sé lo que como.

Total: que se marcharon sin averiguar nada. Pero aquí entra la maledicencia pública.

Empiezan los vecinos á contar que han visto muchas veces (antes de ayer mismo) pasear por aquellos contornos á un señor cura con una joven de cuatro á cinco meses; es decir, me equivoqué, de veinte á veintinueve años de edad; y que antes de ayer mismo, al oscurecer, llegó otro señor cura, ya viejecito, y entró con mucho misterio en la casa, y no saben más de la historia. ¡Visiones, y nada más que visiones!

Lo que á los vecinos se les ha figurado que eran curas, serían sacos de carbon; y lo que se les figuró que era una joven, sería probablemente una ternera! Además, la imaginación *abulta* mucho las cosas.

En fin, que el pobre presbítero está pasando las mayores angustias al verse objeto de acusaciones tan

fundadas. Lo peor es que está enfermo hace ya dos años y estos disgustos le pueden ser fatales.
Y la chica no ha parecido aun. Claro; ni parecerá nunca, porque no existe.

Y lo que más me atrabilla,
es que ha originado el mal
que todo lo desconcilia,
la equivocación fatal
de ese padre de familia,
¡que es un padre universal!

Hasta aquí *La Voz Montañesa*; y desde aquí el miedo cerval que me va entrando al pensar en que una nueva multa venga á darme pretexto para reirme de D. Fernandez de Villaverde de Garcia de Rivero de Herodes etc., etc.

AMBROSIOS Y BERNARDOS

Paréceme que los estoy viendo en la sacristía á primera hora de la mañana, restregándose las manazas de frío y de contento, y exclamando entre expectoraciones trabajosas:

—¿Sabe V. lo que pasa, padre Ambrosio?
—No sé nada, padre Bernardo.
—Estamos de enhorabuena.
—¿Sí? Hable V., hable V. ¿Qué ocurre?
—Una gran novedad. A ver si adivina V.
—¿Se ha levantado en armas otra vez el seráfico Santacruz?
—Todavía no.
—¿Nos han nombrado capellanes de monjas?
—Tampoco.
—¿Nos han aumentado el sueldo?
—¡Quíá!
—¿Han subido los derechos de nuestro arancel?
—Menos.
—¡Demonio! Ya no sé qué pensar. ¿Han degollado á los masones?
—Que se quema V., que se quema V....
—Pues no sé entonces...
—¿Se da V. por vencido, padre Ambrosio?
—Sí, padre Bernardo.
—Pues bien: sepa V. que la gran nueva, la estupenda noticia para nosotros, es que *El Motin* ha sido denunciado otra vez.
—¡Es posible! ¡No me engaña V.! ¡Oh! ¡Y qué bien decía su paternidad! ¡Estamos de enhorabuena! ¡Vengan esos brazos, y en baile!
—¡En baile! Sí.
—Tran, la ran... laran... laran...
—No apriete V. tanto, hombre de Dios.
—Dispénsese V., nosé lo que me hago, al pensar en la rabia que pasará ese periódico impío y calumniador que tuvo la desvergüenza de hacer público... ya sabe V.... aquello de... ¿No lo recuerda V?
—Sí, hombre, sí; ¿no he de recordarlo, si en el mismo número habló de si yo... y aquella?... ¡Maldito periódico!
—Tran, la ran... la ran... la ran...
—¡Hombre! ¡Hombre! Ya me rompió V. la sotana, y voy á tener luego un disgusto con Juanita.

—Cóseme, Juana,
mi solideo,
con mi sotana,
con mi manteo.

—¿Pero se ha vuelto V. loco?
—¿Que sé yo? Creo que sí, porque el caso no es para menos. Supóngase V. que hace una semana, yendo yo al oscurecer de paseo por los alrededores de la ermita, encontré á la Manuela, ya sabe V., Manolita, esa chicota tan guapa que vive en la calle de *No me olvides*; y, vamos, temía que hubiese llegado ya á noticias de ese maldecido *Motin*, que no parece sino que tiene al diablo de su parte para enterarse de los secretos más ocultos.
—¿Pero sabe V. á todo esto qué hora es ya? Las nueve.
—¿Las nueve y aun no estoy revestido? ¡Canuto! ¡Canuto! ¿Dónde estará ese maldecido monago? ¡Canutooo!
—*El monaguillo entrando*. Señor cura...
—Tírame de esas botas, y vísteme aprisa, que ya estarán impacientes esas viejas.
—No se olvide V. de pedir por el gobierno que tanto nos favorece.
—Cualquier día. Padre nuestro... ¡muera *El Motin*! que estás en los cielos... ¡condena á *El Motin*! santificado sea... ¡*El Motin*!... ¡voto al diablo, y qué brutalidades se me ocurren!... ¡Canuto! Coge la cola, y *arsa pa* el altar.
Y hacia él se dirige humildemente á recibir en sus manos al Dios Hombre.
Y despues de concluida la sagrada ceremonia, encamínanse ambos á sus respectivas moradas, y entre magra y magra de cerdo, brindan con sus regordetas amas por la muerte de *El Motin*, sin comprender que *El Motin* tiene siete vidas

como los gatos, y que no cejará en su piadoso empeño hasta conseguir la completa moralización del clero, á quien tanto ama, respeta y considera.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

A *El Siglo Futuro*, dice *El Liberal*, le ha salido un católico á la antigua; pero tan á la antigua, que echa de menos los benditísimos tiempos en que se descuartizaba y quemaba vivos á los confesores de la fe.

Ahí va una muestra del estilo de este singular aspirante á martir:

«Al fin no han sacado VV. más que cristales rotos de toda esa manifestación del infierno. Lo siento, y se lo digo á V. de veras. Tengo ya ganas de ver á un amigo mio con una oreja cortada ó un ojo echado fuera en defensa de la religion. Mientras no llegue este tiempo, nos estaremos en la impiedad y nos vamos á podrir en ella.

¡Ah, de los tiempos de Nicea, en que el mayor ornamento de un obispo era presentarse en el Concilio con un ojo menos ó con los huesos molidos á palos! ¿Cuándo querrá Dios que volvamos á esos tiempos?»

Pues cuando VV. quieran... No tienen ustedes más que avisar.

Será muy sincero este piadoso varón que desea ver á sus amigos con las orejas cortadas, á los obispos con un ojo de menos, y á los curas molidos á palos; será muy sincero, sí, pero, francamente, su estilo nos recuerda mucho el del autor del *Día grande de Navarra*.

¿Será ese algún jesuita maleante y socarronazo como el P. Isla?

Y añade el frustrado San Bartolomé:

«...Porque no falta quien quiera resucitar aquellas carnicerías: lo sensible y doloroso es que no haya quien las quiera experimentar, y ¡ojalá no hubiera tal vez alguno que, para evitarlas, prefiera hacer traición á Dios y á su conciencia!»

Conforme, pero de toda conformidad, con el católico suscriptor á *El Siglo Futuro*; y créame que por mucho que él lo sienta, más siento yo el que no ganen hoy el cielo los obispos y toda clase de clérigos por el ancho y hermoso camino del martirio.

Y voy á decir más todavía: ese, ese era el medio de que la incredulidad, lepra de estos tiempos, acabase de una vez. Porque ¿quién, por obcecado que estuviera, no se rendiría ante tan santos ejemplos?

De mí sé decir que en cuanto viese que doscientos ó trescientos mil presbíteros y frailes derramaban gozosos su sangre en aras de la fe católica, no habría nadie que me impidiera confesarlo.

Hagan la prueba y verán que no miento.

Leo en *El Zorrillista*:

«En *La Discusion*, querido diario democrático de Porto (Portugal), encontramos el siguiente milagro. Milagro que el valiente adalid de la democracia copia de *El Comercio del Miño*.

«Érase que se era «la imagen colosal de la Virgen de la Concepción de Sameiro, que mide cuatro metros, y que, terminada por el artefacto, se trataba de colocar en el lugar destinado por cincuenta operarios, y aquí comenzó el milagro: el garfio que sujetaba la cuerda se abrió, cayendo la enorme masa de mármol sobre unos troncos de madera. Solo por milagro, dice *El Comercio*, se puede explicar que una imagen de un peso enorme, cayendo con toda la fuerza sobre los troncos y de la altura á que estaba ya, no se haya roto ni sufrido ningún desperfecto, ni herido ni lastimado siquiera uno solo de los cincuenta operarios presentes.»

Ahora nos dirá *El Comercio*, dice *La Discusion*, cómo fué que Señora tan milagrosa se dejó partir por un rayo en la imagen de su antecesora.

Naturalmente, es este tambien un hecho sobrenatural.»

Nuestro querido colega *El Motin*, cuya competencia en la ciencia milagrera es indiscutible, tendrá la bondad de aclarar la duda que con sobrada fuerza de lógica se le ocurre á nuestro compañero portugués.

A mala parte te diriges, compañero; pues ya sabes, ó debías saber por lo menos, pues muchas veces lo he dicho, que no entiendo una palabra de lo que se relaciona con lo sobrenatural ó milagroso.

Solo sé, y esto porque lo sabe todo el mundo, que estos hechos, que no son hechos, mantienen repleto el bolsillo del cura. Ni más ni menos.

Dice *El Pueblo Vasco*, de Vitoria, que ha pocos dias ocurrió en la parroquia de San Miguel Arcángel de aquella ciudad un desagradable incidente entre un presbítero y una penitente, señora de un dignísimo oficial de ejército, modelo de padres de familia y de intachable conducta.

Es el caso, que al presbítero se le hizo largo el intervalo de siete meses trascurrido entre una y otra confesion, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, increpó á su atribulada penitente en estos ó parecidos términos: «*Bien se conoce que está V. casada con un liberal; al que dirá de mi*

parte que, irremisiblemente, se condenará; que para él no hay salvación posible. Concluida la confesion, terminó el Sr. X, con estas palabras: *No puedo creer que en siete meses que V. no se confiesa, no haya pecado más.*

Figúrese el lector lo que haría la referida señora al oír este exabrupto.

Con el rostro lloroso y encendido por la indignación, se levantó del confesonario y se dirigió á la sacristía en demanda del nombre de aquel curaza.

No sé más detalles, ni tampoco en qué terminó el asunto. Si llego á adquirir datos, ya los daré.

Compró un vecino de Perarrua una vaca, y para que engordase, la hacia pastar en el cementerio.

Prescindo de lo de la profanación, que ni me enfria ni me calienta, para preguntar:

¿Cómo pudo llevarse esto á efecto?

—Pues de una manera muy sencilla, según sedice en un comunicado que publica *El Diario de Huesca*:

«El párroco y guardador de la llave, sin cuyo consentimiento expreso ó tácito no ha podido llevarse á efecto, es tío carnal del dueño de la vaca, y este es, á su vez, secretario é inspirador del ayuntamiento, persona que alardea de prohombre, merced al favor que le dispensan algunos hombres políticos.»

Ya lo sabeis, parientes de los curas: en los cementerios engordan mucho las vacas.

Que cada mansion de muertos se convierta en una dehesa boyal; y atiborrados con las magras de esos animalitos cebados con la sustancia de los difuntos, que no sé como diablos se las van á arreglar para reunir sus restos el día del juicio, gritad muy alto en contra de los cementerios civiles, calificándolos de estercoleos inmundos.

Así se combate la impiedad y se engorda el ganado.

El hombre no salía de la iglesia de Navés más que para cumplir con los deberes de su cargo de teniente alcalde.

Misas, rosarios, novenas, rogativas... era un encanto verle el primerito en todas las funciones religiosas.

El pueblo estaba edificado, y no sé si el cura citó alguna vez, en sus sermones, presentándolo como modelo, á aquel varón justo que no leía *El Motin*.

Su indiferencia hacia las mujeres rayaba en desprecio; hubiérase dejado veinte veces la capa entre las uñas de la que tratara de atentar á su honestidad.

¿Conversaciones libres en su presencia? ¡vade retro! En esto no transigia. ¿Leer *La Epoca*? Menos. Hubiérase creído condenado.

En fin, era casi un Villaverde en lo de velar por la moral y la decencia pública.

En esto muere su esposa, la compañera de su vida, la que le dió el cura, no el juez, y el católico impecable la lloró sin duelo.

Para hallar alivio á su dolor, y poder dedicarse tranquilamente á las prácticas religiosas, casóse con una jóven que en su casa habia entrado de sirvienta en vida de la difunta.

Y vivia con ella en la hermosa paz que la union por medio del Sacramento procura, cuando héte aquí que llega el juzgado de Solsona, y prende á los dos, por... por...

Por sospechas de haber envenenado á la que estaba pudriendo tierra, para poder entregarse pacífica y santamente á las delicias del amor que ya habia invadido sus católicos pechos, y por lo cual habia sufrido la desgraciada esposa muchos y graves disgustos.

Negad ahora, criminales lectores de *El Motin*, que la religion es un freno.

Intentó casarse un jóven en San Vicente de Ver, parroquia de la novia, y el *cleripopótamo* se negó rotundamente á celebrar la ceremonia, diciendo que los empleados en ferro-carriles (el novio lo era) tenían malos antecedentes y regalándole varios dictérios ofensivos.

En vista de esta negativa dirigióse el jóven al cura de su parroquia, quien le manifestó que él no tenia inconveniente en casarlos si el de Ver le autorizaba para ello.

Vuelve el novio á Ver, y el *parrocetáceo* le entrega una carta para su colega, en la cual le decía que se negaba á casarlo por no haber cumplido con el precepto pascual, intercalando este parrafito:

«Ojo, mucho ojo necesitamos en las actuales circunstancias.»

¿Qué quiso decir con esto? No se sabe. El caso

es que el interesado se dirigió al gobernador eclesiástico de la diócesis primero, y después al obispo, sin que ninguno se haya dignado contestarle; y que sigue sin casar, por no decidirse á llevarse á su casa la novia sin más formalidades que las que emplean los curas para proporcionarse ama.

En vista de esto, me permito aconsejar á esa pareja, á todas las que se hallen en su caso, y á todas las que no se hallen, que acudan al juez y se casen civilmente, lo cual ahorra gastos y disgustos, y se queda cualquier prójimo desgraciadamente, tan casado ó más que por la iglesia.

Acaba de publicarse en Barcelona un libro que no tiene desperdicio desde el prólogo al índice. Se titula *El liberalismo es pecado*, y se debe á la pluma del presbítero D. Félix Sardá y Salvany, quien, dando un curso de cómo se debe hacer la guerra á los liberales, se expresa de este modo en la página 106:

«Así, conviene desautorizar y desacreditar su libro, periódico ó discurso; y no solo esto, sino desautorizar y desacreditar en algunos casos su persona. Si, su persona, que este es el elemento principal del combate, como el artillero es el elemento principal de la artillería, no la bomba, ni la pólvora, ni el cañón: se le puede, pues, en ciertos casos, sacar al público sus infamias, ridiculizar sus nombres, *cubrir de ignominia su nombre y apellido*; si señor; y se puede hacer en prosa, en verso, en serio, en broma y en grabado, y por todas las artes y procedimientos que en adelante se puedan inventar.»

No satisfecho con este párrafo, el P. Sardá endilga este otro en la página 21, que compendia y resume lo que vale el libro:

«De consiguiente (salvos los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberación), ser liberal es más pecado que ser BLASFEMO, LADRON, ADULTERO U HOMICIDA, ó cualquier otra cosa de las que prohíbe la ley de Dios y castiga su justicia infinita.»

Me gustas por lo bruto que eres, ¡oh, presbítero Sardá! y voy á proponerte un negocio:

¿Quieres que compre una jaula, te encierre en ella, y vaya de feria en feria enseñándote al público por cinco céntimos?

Aguardo tu contestación.

No encontrando el cura de Zaratan donde pernoctar en el pueblo, *El Cosmopolita* de Valladolid, le ofrece habitación en esta forma:

«Para que acepte mejor el ofrecimiento, le diremos las piezas con que cuenta: una sala que puede servir de escritorio para el señor *parroquetaceo* y su hijo, también cura (no de enfermos); dos dormitorios para sus hijas, la *cheposa* y la *bizca*, y un hermoso balcón con vistas á la calle, donde pueden exponerse constantemente al público estas dos últimas bellezas que dejamos indicadas; un cuarto de recibimiento con dormitorios y un espacioso salón. Este último, puede dejarle para si algún día le visita el cura *cruzado* que estuvo de activo misionero en el Norte, y V. bien conoce. No podemos hacer más.»

Apreciable familia la de ese presbítero, al cual compadezco por lo que tendrá que trabajar para llenar tantas bocas, aun cuando no me explique cómo diablos está en posesión de tantos hijos é hijas.

Leo en un periódico de Valencia:

«Por recomendación del patriarca de las Indias, eficazmente secundado por el delegado castrense de este distrito militar, se reza el santo rosario todas las noches, antes de acostarse, en todos los cuerpos que guarnecen esta plaza, con objeto de ganar las indulgencias que están concedidas por Su Santidad el Papa Leon XIII.»

Así, así se cumple el precepto constitucional que permite á cada ciudadano seguir el culto que quiera, ó no seguir ninguno.

Y ahora que estoy con las manos en la masa: ¿Por qué no se declara prenda obligatoria en todos los cuerpos del ejército el escapulario de *detente bala*?

Así, en una nueva guerra, tendrían la ventaja de permanecer incólumes aquellos soldados que estuvieran... á dos leguas del tiroteo.

Perdió una hija un vecino de Villaro, y la banda de música del pueblo, para demostrar al afligido padre el cariño que hacía él sentían sus convecinos, ofrecióse á acompañar el cadáver al cementerio con una marcha fúnebre.

Entra en escena el cura, y prestando que el entierro no era de *primera*, es decir, que no le *valia* lo que hubiera deseado, opone su veto, y la música no acompaña al cadáver.

Bien, *clericeronte*, bien; así me gusta; energía, entereza.

Pagándote, que hagan tus feligreses lo que les dé la real gana; sin pagarte, no.

Músicas que no producen nada al cura, son... músicas.

Dice un periódico de Valencia:

«Se nos asegura, por más que nosotros con harto dolor no lo presenciáramos, que el domingo pasado, á las seis y media de la mañana, salió de los Santos Juanes el Rosario llamado de la Aurora. Según *La Lealtad*, lo capitaneaba el valeroso presbítero doctor Ignacio Guillen del Soto.

¡Qué magnífico espectáculo! Las viejas asmáticas, los abuelos que tosen y expectoran, las verduleras que echan ternos, los mozos de trastienda que huelen á especias, alguno que otro cura y un buen número de gente que piensa en divertirse, convirtieron las calles y plazuelas en una babel de gritos, exclamaciones, lamentos y suspiros que podían traducirse por los clásicos vivos del Papa rey y de Carlos Chapa.»

¿Qué fué aquello que ocurrió en Tarragona hará cosa de un mes? ¿Lo recuerdan tustades? Yo tengo así como vagas reminiscencias...

Creo que hubo también un rosario de esa clase... y que los vecinos á quienes incomodaba se echaron á la calle... y que encerraron á estacazo limpio en la iglesia á los beatos... y que...

Vaya, que no lo recuerdo bien.

Bajo el título *Los Cogullas*, publica estos edificantes versitos *El Garrote* de Avila:

«Hay cogullas tan barbianes según por el mundo cuentan, que llegan á hacerse célebres por sus valientes proezas.

No es necesario ir muy lejos para encontrar de esas prendas: sin pasar más adelante, en un pueblecillo cerca de la ciudad, hay un peje que es un cogulla de cuenta.

No lo digo por el ama que es una matrona esbelta, así, cargada de carnes, rolliza, airosa, resuelta, capaz de tragarse... á un cura si este caso se presenta.

No es porque el parroquidermo sea aficionado á *juergas* y empine con brio el codo pescando mil *filoxeras*.

Tampoco ahora me refiero á las continuadas grescas, que arma iracundo el sotana con sus humildes ovejas.

Nada de eso; ahora me ocupo de otras costumbres diversas, que escandalizan al pueblo porque avaricia demuestran.

Se ha dado el caso, hace poco, en este pueblo ó aldea, de llevar á bautizar solemnemente á la iglesia, un pobre á un vástago suyo sin tener una peseta, y el cogulla decir: ¡nones; no bautizo si no hay tela!— y el niño se quedó moro por nacer en la pobreza.

¿Es esta la caridad que la santa iglesia enseña? ¿Predicó Nuestro Señor esta doctrina perversa?

Seguid ¡oh, parroquidermos! continuad por esa senda, que á ese paso en el país, vuestro vil comercio cesa!

Dícenme que el P. Porro, capellan del convento de Santa Teresa de Jesús, en Don Benito, se le ha caído un diente; y que las beatas han mandado hacer una custodia pequenita de oro, colocando el *piño* en el centro, y se la han regalado á las monjitas en concepto de reliquia, porque dicen que el tal Porro está en opinión de santo. ¿Qué porquería!

En la Audiencia de Osuna se verá muy pronto en juicio oral una causa contra un sacerdote acusado de estafa, cometida á pretexto de buscar una herencia perteneciente á varias familias pobres de aquella localidad.

Y que en vista de estos santos ejemplos, se atreva todavía ese infame MOTIN á sostener que hay curas que faltan á sus deberes!

Así lo quemén.

Asegura un periódico de Sevilla que en estos últimos días han tomado el hábito de religiosa, diez y siete jóvenes del pueblo de Villanueva del Ariscal, siendo de notar que todas ellas reúnen á sus buenas condiciones morales, la de ser bastante hermosas.

¡Hermosas y buenas! Para mí las tomaría.

Si esto continúa, no hay remedio, me hago presbítero.

Es mucha la envidia que les voy teniendo.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

LOGROÑO.—H. Z.—Recibida letra. Esto se va haciendo insostenible y no es posible lo que V. aconseja. Como el público se encuentra bien dispuesto, estamos encima de los operarios para que la obra se termine pronto. El núm. 49 también ha sido denunciado.

HUESCA.—F. S.—Recibí libranza y remití almanagues. FIGUERAS.—F. P.—Dentro de breves días quedará terminada toda la obra y se la remitiré.

ROSELL.—P. F.—Lo que V. indica no es posible por su larga tramitación. En Noviembre hemos tenido tres denuncias: lo demás se corregirá.

ALGECIRAS.—C. B.—Recibí 12²⁰ pesetas. PENICHE.—V. J. V.—Recibí de D. S. F. 12 pesetas para su suscripción.

BURGOS.—C. P.—Ya habrá recibido los números. Los 47, 48, 49 y el Suplemento al 47 han sido denunciados.

VIANOS.—R. F.—Idem id. Recibí la cantidad. PLASENCIA.—J. H. Idem id.

CIEZA.—L. P.—¿Los recibió V.? VILLAFRANQUERA.—V. LL.—La falta consiste en haber sido denunciados los números 47, 48 y 49 MOTIN y 47 del Suplemento.

ESPIEL.—A. M.—Idem id. *El Judío*, cuesta para los suscritores con certificado 750, que puede remitir cuando quiera.

PAMPLONA.—J. D.—Recibí su carta. Anotado aumento. Ya falta menos.

MOGUER.—A. N.—Recibí libranza y sellos. VILLENA.—A. C.—Recibí la suya y envío los libros. Pronto tendrá V. que escribirme si no hacen lo que indica al final de la carta.

PONTEVEDRA.—V. de M.—Recibí libranza. OLIVENZA.—A. P.—Idem id. ¿Es la oficial la que V. quiere?

Á LOS CORRESPONSALES

Preparamos para el domingo 28 del actual, día de Inocentes, un número que nos acreditará de tales. Será de doble tamaño que los corrientes, y llevará una magnífica lámina en negro, relativa á los sucesos de la Universidad, de los cuales nos ocuparemos también en el texto.

Los Sres. Corresponsales pueden fijar con tiempo sus pedidos para ajustar á él la tirada, teniendo en cuenta que cada 25 números costarán VEINTE reales, para venderlos sueltos á TREINTA céntimos.

A los que no avisen, se les mandará el pedido ordinario.

LIBROS RECIBIDOS

Manual de Aritmética demostrada al alcance de los niños, por D. José Oriol y Bernadet, agrimensor, arquitecto, catedrático de matemáticas, etc., etc. Décimacuarta edición, revisada por Don José Giró y Roma, profesor de la escuela normal superior de Barcelona, aumentada con nociones prácticas de cálculo mercantil por D. Luis G. Ferreras de Montaner.

Esta obra, de grandísima utilidad, forma un volumen en 4.º menor de 300 páginas; encuadernado á la bradel, 2 pesetas; en percalina, á la inglesa, 250 pesetas.

Véndese en la librería de J. y A. Bastinos, en Barcelona, y en las principales de España.

La cuestión social. Dictámen sobre el estado actual de las clases trabajadoras en Avila y sobre las reformas convenientes para su mejoramiento, presentado ante el Comité ejecutivo de la provincia por Isidro Benito Lapina. Avila. Tipografía, Magdalena y Sarachaga.

Manual práctico del tintorero de trapos y quita manchas, escrito por Damian Martínez Bueno, tintorero en Valladolid. Obra utilísima por los grandes conocimientos del autor, y su larga práctica en este ramo. Valladolid. Imprenta, Acera de San Francisco, 30.

El nihilista español. Memorias contemporáneas por el doctor Selva. Valladolid. De venta en las principales librerías. Una peseta.

Sardanápalo, boceto histórico de la vida de este monarca, trazado á vuelo pluma y en verso por G. Elias. Barcelona. Imprenta de Luis Tasso y Serra, Arco del Teatro, 21 y 23. Gran intención.

ADVERTENCIA

Se ha puesto á la venta el Almanaque de EL MOTIN para 1885.

Trabajos escogidos, 38 grabados intercalados en el texto y una elegante cubierta de ocho colores al cromo.

Docientas páginas.—UNA PESETA en toda España.

LIBROS EN VENTA

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS por R. H. Ibarreta. Esta extraordinario éxito ha alcanzado y que ha sido CUATRO VECES EXCOMULGADA, consta de dos tomos, que se venden cada uno á peseta.

EL CITADOR (Comentarios á la Biblia), escrito en francés por Pigaul-Lebrun. Version castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

DE LOS JESUITAS Compendio de las lecciones que dieron en el Colegio de Francia los ilustres escritores demócratas Michelet y Quinet, con un extenso prólogo de Don Luis Barthe. Precio: dos pesetas.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTIN.—Cuatro partes á peseta cada una.

ACICATE DE LA ALEGRIA Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenas caricaturas al cromo.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: Una peseta.

LO QUE NO DEBE DECIRSE por José Nakens.—Precio: 2 pesetas.

Madrid.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.